

Hombre, varones y sociedades de la diferencia (sobre la posibilidad de penetrar a la masculinidad).

Ariel Sanchez.

Cita:

Ariel Sanchez (2015). *Hombre, varones y sociedades de la diferencia (sobre la posibilidad de penetrar a la masculinidad)*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/53>

“Hombre”, varones y sociedades de la diferencia (sobre la posibilidad de penetrar a la masculinidad)

Autor: Ariel Sanchez. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales (UBA) arielfs@gmail.com

Resumen:

Hay algo que liga a la masculinidad con conceptos propios de la modernidad como Cultura, Ciudadanía, Individuo, Razón y, fundamentalmente, Hombre. Considerada en algún momento como esencia de aquellos sujetos nacidos con pene y al mismo tiempo, paradójicamente, como algo que debe aprenderse, incorporarse, marcarse, la masculinidad experimenta desde hace algunas décadas un proceso de “mutación”. Al morir el Hombre como figura universal, aparecen los varones, pero también quedan allí algunos resabios de esa razón que los hizo ser lo que eran en otro régimen de verdad. No hay meras rupturas, sino tránsitos, articulaciones que van dando forma a los cuerpos y las subjetividades.

Diferentes tipos de discursos sociales hablan de las transformaciones que se producen en las formas de entender la masculinidad en las sociedades contemporáneas. El problema que se presenta aquí no es tanto aceptar o no estos cambios, como inscribirlos en una trama amplia y compleja de producción de subjetividades. El concepto de masculinidad pareciera escurrirse en formas de poder que interpelan desde la obligación a la diferencia, al placer y a mostrarse “como uno es”. ¿Cómo pensar la producción de subjetividades generizadas en un mundo que hace un llamado explícito a la diferenciación constante?

Palabras Claves: Masculinidad. Crisis. Sociedades multicultosexuales. Subjetividades contemporáneas. Vidas anales.

Hay algo que liga a la masculinidad con conceptos propios de la modernidad como Cultura, Ciudadanía, Individuo, Razón y, fundamentalmente, Hombre. Considerada en algún momento como esencia de aquellos sujetos nacidos con pene y al mismo tiempo, paradójicamente, como algo que debe aprenderse, incorporarse, marcarse, la masculinidad experimenta desde hace algunas décadas un proceso de mutación. Al morir el “Hombre”, como figura universal, aparecen los varones, pero también quedan allí algunos resabios de esa razón que hizo ser lo que eran en otro régimen de verdad. No hay meras rupturas, sino tránsitos, articulaciones que van dando forma a los cuerpos y las subjetividades.

Este trabajo es un recorrido por algunas cuestiones de gran importancia para la investigación que actualmente estoy realizando sobre el análisis de relatos de biovarones que se reconocen a sí mismo como heterosexuales. La época ya está marcada en cada una de las palabras que debo o debería usar. Varón está

desencializado, no trabajo con varones ni con “hombre” como categoría general, sino con aquellos animales humanos que han nacido con pene y que, además, se reconocen como varones y heterosexuales. Marcas a partir de las cuales podemos pensar la dimensión temporal y actuada de las subjetividades generizadas, al tiempo que la materia con la que se van formando a los sujetos que serán considerados socialmente masculinos.

El recorrido del texto está ordenado a partir de una serie de entradas e interrogantes que nos permiten pensar diferentes formas en la que se produce social y culturalmente la masculinidad y lo que es nombrado, desde diversos estudios de género, como su crisis. En líneas generales, se realiza un doble movimiento: por un lado, uno descriptivo, que tiene que ver con la producción de cuerpos género en el marco de lo que podríamos llamar un nuevo régimen de verdad. Es decir, cuáles son los desplazamientos, qué ocurre con la dicotomía femenino-masculino en relación con los cambios producidos con los pares cultura-naturaleza y racionalidad (mente o alma)-sentimiento (cuerpo). Y, por otro lado, me interesa el gesto que podríamos nombrar como político, que tiene que ver con pensar lo que abre el posthumanismo respecto a los modos de pensar las subjetividades generizadas: ¿Qué queda de la producción de subjetividades masculinas propias del momento de la modernidad? ¿Qué ocurre la masculinidad, vinculada a la producción y reproducción de “lo mismo”, en un mundo donde proliferan las diferencias? ¿Cómo se entrama con un nuevo *régimen de verdad*? ¿Cómo pensar la politicidad de las subjetividades en un mundo donde desaparecen las certezas y los universales?

A. Interrogación

La producción sociocultural de las subjetividades masculinas es primordialmente una operación de definición y exclusión de la otredad, se define a partir del rechazo a ciertos valores y prácticas entendidas como femeninas; pasividad y penetrabilidad son las primordiales. Esta operación, al ubicar del lado de afuera a los cuerpos, los gestos, los gustos y las prácticas que atentan contra la estabilidad identitaria, tranquiliza.

En el año 2003 se estrena en Estados Unidos, un programa de televisión llamado “Queer eye for the straight guy”. El programa mostraba como cinco “varones gays”, cada uno especializado en algún tema, ayudaban a un “varón straight”, a través de diferentes técnicas (estéticas, sociales, culinarias, culturales, etc.), a cambiar su estilo

de vida con el objetivo de volverlo un “mejor varón”, alguien más deseable. Por esos mismos años, y cada vez con mayor frecuencia, comienza a encontrarse en artículos periodísticos, ensayos abordados desde diferentes disciplinas o publicidades las características del hombre del siglo XXI que no sólo se “atrevió” a maquillarse y a cuidar su cuerpo, sino que ahora “se animó” también a llorar. El hombre del siglo XXI es sensible y cuida de sí mismo, sentencian estos discursos.

Poco más de un siglo atrás, la racionalidad de la época, preocupada por hacer de la barbarie y la multiplicidad cultural una “ciudadanía viril”, produce un concepto de masculinidad que, al igual que el concepto de cultura o de civilización que se conforma en esos mismos momentos, funciona de manera ortopédica y jerarquizadora de los comportamientos humanos. Se despliegan una serie de técnicas, regulaciones y normativas que buscaban la conformación de un tipo de subjetividad “normal”. Las sociedades capitalistas occidentales van creando de a poco los límites, las fronteras que separan normalidad y anormalidad. “Al igual que la aparición de la psiquiatría y del manicomio manifiesta la capacidad de una sociedad para inventar medios específicos para clasificar lo inclasificable, el pensamiento moderno irá creando una nueva enfermedad, la homosexualidad” (Hocquengheim, 2009). En ese contexto, la homosexualidad se convierte en un límite fronterizo que establece cómo debe ser un “sujeto masculino normal”. Por ello la producción social de la masculinidad va a estar apoyada en la idea “pánico homosexual” (Salessi, 1995; Hocquengheim, 2009)

Estos hechos, heterogéneos entre sí y separados en el tiempo, pueden servirnos para notar que algo cambió. La masculinidad, tal como fue entendida durante más de un siglo, está mutando. El “pánico homosexual” (y su vínculo más amplio con el pánico a lo femenino), que era parte del trazo grueso de la fronteras que definían los límites de la masculinidad normalizada, parece difuminarse, tomar otros colores, buscar otras formas. La marca de género de la subjetividad normalizada (y universalizada), ya no se encuentra sola, convive con otras diferencias, con “desbordes” culturales, sexuales y de género muy difícil de delimitar bajo las categorías fijas y transparentes triunfantes durante la modernidad.

Los cambios producidos a fines del siglo XX nos traen interrogantes que implican al concepto de masculinidad. ¿Cómo pensar la producción de subjetividades generizadas en un mundo que hace un llamado explícito a la diferenciación constante? ¿Cómo pensar la dinámica del poder en un mundo que alienta constantemente a “ser

uno mismo”, a buscar “el propio deseo”? El concepto de masculinidad, asociado a lo uno y a la negación de lo múltiple, pareciera escurrirse en formas de poder que interpelan desde la obligación a la diferencia, al placer y a mostrarse “como un es”.

Diferentes tipos discursos sociales, ya sean mediáticos, médicos, jurídicos o académicos hablan de las transformaciones que se producen en las formas en las que la sociedad entiende la masculinidad. En algunos casos es nombrada como crisis, en otros como desbordes de género y en otros se alude a cierta confusión de la frontera que separa lo masculino y lo femenino. Ahora bien, este cambio es notorio: las cifras de los productos de cosmética masculina, el surgimiento de publicaciones para varones que incluyen temáticas sobre sexualidad, cuidado el cuerpo y relaciones de pareja y la proliferación de imágenes que tienen al varón como objeto a desear pero también como alguien sensible, nos hablan de ello. Sin embargo, el problema que se presenta aquí no es tanto aceptar o no estos cambios, sino que se vuelve fundamental inscribirlos en una trama amplia y compleja. Desde hace cinco décadas se viven cambios y desplazamientos que hacen mutar, diluirse o reconfigurar ciertas certezas que eran propias de la modernidad. Entre ellas, está la noción de Hombre y su ligazón a la masculinidad.

B. Dicotomías

Hubo una época en que la forma-hombre fue el centro de una maquinaria productora de vida y de las fronteras de lo que era posible de enunciarse y mostrarse, la rejilla a través de la cual se filtraban y producían los cuerpos y subjetividad inteligibles. Ese régimen de luz delimito para sí un concepto de cultura que separaba, casi como huida, a los tipos de sujetos allí gestados, de la naturaleza. La figura del “hombre”, que funcionaba como maquinaria definitoria de límites entre lo normal y lo anormal, se estableció como aquella capaz de ver, juzgar y controlar desde la objetividad y la imparcialidad, “la cultura no cultura”.

El poder disciplinario, a través del establecimiento dicotómico del mundo, neutraliza la multiplicidad de formas que pueden tomar los cuerpos y las subjetividades. En el marco de este tipo de sociedades, que podemos llamar de la producción, se configuró un tipo de masculinidad “adecuada” a los tiempos que corrían. El varón, convocado a las fábricas, sería el encargado de producir y de representar a la familia en el espacio público, se convertía así en el tutor de sus hijos e hijas y su mujer. Las

problemáticas propias del espacio privado (lugar destinado para la reproducción) eran responsabilidad exclusiva de la mujer, encargada de la crianza, la educación, la salud de los hijos e hijas y la administración del hogar. Nos referimos a la modernidad como un momento histórico donde las identidades masculinas y femeninas fueron de modalidad excluyentes, construidas en relación con una división sexual del trabajo proveniente de la separación entre la esfera de lo público (producción) y la esfera de lo privado (reproducción).

Así, los ámbitos de “lo masculino” y “lo femenino” fueron instituidos a través de una serie de dicotomías. “La episteme analógica que presidió el pensamiento clásico y que atravesaba con su mirada el mundo en busca de semejanzas y simpatía entre las cosas, hallando una especie de armonía cósmica por hermanarlo todo, es sustituida gradualmente y a partir del siglo XVI, por otra basada en la diferencia. Donde se habían encontrado continuidades, la nueva ciencia iba a instaurar un abismo entre lo mismo y lo otro. La identidad de las cosas y su orden de complejidad inaugura el pensamiento de las dicotomías y los contrarios” (García, 2008)

Se define así una biología de la inconmensurabilidad que convierte a las mujeres en ese Otro que en su distancia, aquí construida como apego a la naturaleza y a la fuerza de una carnalidad reproductora, termina por señalar a los varones en su mismidad. De este modo, los varones, amparados en la naturaleza de su cuerpo, no sólo eran diferentes a las mujeres, sino que su acceso a la cultura y la civilización se construía como reflejo de una carnalidad distinta y en cierto modo más preparada para su control por medio de la razón y así para hacerse responsables de las decisiones y desarrollo de sus humanos asuntos.

En el "Manifiesto Contrasexual" (2002), Beatriz Preciado plantea que es la noción de tecnología la que pone en marcha ciertas oposiciones propias de la modernidad. Es una categoría clave alrededor de la cual se estructuran las especies (humano-no humano), el género (masculino-femenino), la raza (blanco-negro) y la cultura (avanzado-primitivo). Retomando a Donna Haraway dice que “el humano se define ante todo como un *animal que usa instrumentos*, por oposición a los primates y a las mujeres. La noción de tecnología como totalidad de instrumentos que los hombres fabrican y emplean para realizar cosas, sirve de soporte a las nociones aparentemente intocables de *naturaleza humana* y diferencia sexual” (o.c, 119).

El cuerpo masculino se define mediante la relación que establece con la tecnología: el instrumento lo prolonga, incluso lo reemplaza. Tecnología y sexo son

categorías estratégicas en el discurso antropológico europeo y colonialista en el que la masculinidad se ha descrito en función de su relación con los aparatos tecnológicos, mientras que la feminidad se ha definido en función de la disponibilidad sexual. “En las narraciones colonialistas dominantes, las mujeres y los indígenas (negros, perversos y maricones) que no tienen acceso o carecen de tecnología se describen como si formaran parte de la naturaleza y se convierten, por esta razón, en los recursos que el “hombre blanco” debe dominar y explotar” (o.c, p.119).

Se instauran una serie de dispositivos de ortopedia subjetiva donde la mujer queda reducida a naturaleza y a su función reproductora y el hombre, como sujeto de cultura, de la civilización. Se presenta al varón como la voz de la ciudadanía (blanca, occidental, masculina). En argentina, todo este proceso cobra dimensión a fines del siglo XIX y principios del XX con la conformación de una *ciudadanía viril*, como lo llama Jorge Salessi (1995) en sus estudios sobre la implementación de las técnicas científicas y jurídicas del higienismo positivista. A la maquinaria disciplinaria de la educación, se le sumo luego la ley de servicio militar obligatorio que continuaba el trabajo de producción de cuerpos y subjetividades masculinas (razón, fuerza, moral, ética). El tipo de masculinidad que aquí se conforma parte del imaginario que desde el siglo XIX ha rodeado a los anormales, los canallas, los picaros, los libertinos. Esta humanidad que el discurso médico y jurídico califica de desviada se forma como categoría contrapuesta a las de los hombres modestos, viriles o gentiles.

Nos encontramos que tras la pretendida universalidad no sólo hay un sujeto masculino sino un sujeto adulto, educado, blanco, europeo, cabeza de familia heterosexual, propietario. Este modelo de producción de masculinidad moderno que comienza a operar con los biólogos y científicos que delimitaron y separaron cada vez más los cuerpos femeninos y masculinidad, termina de construirse cuando se hermana con los anhelos de la nueva sociedad burguesa en la producción de ideólogos y literatos que vienen a articular todas estas ideas sobre la forma correcta de ser hombre.

C. Universalidad

La especificidad de la masculinidad se dirime en tanto que sus características se ligan a los cuerpos masculinos colocándolos como representación de la humanidad. El propio funcionamiento falocéntrico de la modernidad, instituye la voz de los varones y

las características que son ligadas a sus cuerpos y subjetividades, como la voz y mirada humana. “Occidente dibuja un tubo con dos orificios, una boca emisora de signos públicos y un ano impenetrable, y enrolla en torno a éstos una subjetividad masculina y heterosexual que adquiere estatus de cuerpos social privilegiado” (Preciado, 2008, p. 60).

El intento de delimitación del concepto de masculinidad puede llegar a ser complejo y huidizo. Al tiempo que define el elemento jerarquizado de un par, es el representante de la totalidad de la humanidad, universal que habla, mira, juzga y decide. Cuando se habla de masculinidad, y su vinculación con la figura de “El Hombre”, no se está hablando simplemente de esa parte del par dicotómico que hace oposición con mujer o femineidad, sino que se habla del sujeto universal, la ciudadanía, el individuo, la objetividad, la razón y, fundamentalmente, de la voz de la cultura. Por lo que pensar la crisis de masculinidad, implica pensarla en relación con la crisis del concepto de hombre y cultura en tanto maquinaria de producción “civilizatoria”. La masculinidad se establece entonces como el término no marcado, el testigo modesto (Haraway, 2004) del proyecto científico de la modernidad, el hombre de la cultura y la razón. Esa forma-hombre es la forma de subjetivación que se constituye como el modo de comprensión de lo humano para una experiencia de la cultura.

El falogocentrismo¹ jerarquiza el término masculino respecto al femenino, estableciendo lo masculino como lo universal y a lo femenino como diferencia abyecta y repudiable. “(..) Jerarquía que se presenta bajo la forma de neutralidad. Se habla del hombre en general, y detrás de la tapadera del hombre en general, es el hombre varón el que se lleva el gato al agua” (Derrida, 1990). La lógica tradicional heterocentrada y los tipos de relaciones dicotómicas que establece, con su binarismo pene (varón) –vagina (mujer), se presenta a sí misma como armoniosa, natural y normal. La retórica falocéntrica distribuye posiciones y determina posturas y corporalidades: Hombre-mujer, activo-pasivo, penetrador-penetrado.

En su texto “Testigo Modesto”, Donna Haraway se pregunta: “¿Cómo se convirtieron algunos hombres en transparentes, invisibles, legítimos testigos de hechos,

¹ “Con este término -falocentrismo- trato de absorber, de hacer desaparecer el guión mismo que une y vuelve pertinentes el uno para con la otra aquello que he denominado, por una parte, logocentrismo y, por otra, allí donde opera, la estratagema falocéntrica. Se trata de un único y mismo sistema: erección del logos paterno (el discurso, el nombre propio dinástico, rey, ley, voz, yo, velo del yo-la-verdad-hablo, etc.) y del falo como «significante privilegiado» (Lacan)” (Derrida, 1990).

mientras la mayoría de los hombres y todas las mujeres se hacían invisibles, apartados del escenario de acción, tanto debajo de él manejando la maquinaria, como fuera de él completamente?” (2004, p. 20). Así como cultura respecto a lo inferior, lo bajo, la naturaleza o el salvajismo, la masculinidad termina definiéndose por medio de la delimitación de aquello que no es, de aquello que pertenece a lo femenino, a lo salvaje, a la sinrazón. El anudamiento de las subjetividades masculinas deja la marca de género masculina en una especie de invisibilidad que la liga con las nociones de cultura, razón y ciudadanía.

El tipo de visibilidad que retuvieron las mujeres es percibido como subjetivo, es decir, que informa tan sólo sobre el yo, parcial, opaco, no objetivo. “La agentividad epistemológica del *gentilhombre* implicaba un tipo de transparencia especial. Las personas de color, sexualidad y trabajadoras aún tienen una gran labor por delante para contar como testigos objetivos y modestos del mundo, más que de su parcialidad o interés especial. Ser el objeto de la mirada, en vez de origen autoinvisible y modesto de la visión, es ser probado de agentividad” (o.c, p 24).

Las políticas de subjetivación de la modernidad han operado reduccionismos en nuestras formas de conocimiento y pensamiento que nos llevan al estrechamiento de las categorías de universalidad y totalidad, como si fueran formas aprehensibles, alcanzables. La modernidad aspira a apropiarse de lo universal porque la posesión y la lógica de lo Uno es el régimen que entiende y con el cual organiza todas las relaciones” (Mendez y Farneda, 2010, pp. 117-118). Cuando se hace referencia a la caída o el agotamiento de la noción de sujeto a partir de un giro acontecimental, lo que queda en entredicho es la categoría de sujeto como totalidad y como unidad, como fundador del edificio del saber, ese testigo modesto que supuestamente todo lo ve y todo lo escucha.

En esta lógica de la universalidad se expresa también la dificultad de los estudios de género para pensar la producción de la masculinidad o los modos de hacer varones en las sociedades contemporáneas. Al nombrar la universalidad del sujeto, queda oculta toda una historia de anudamientos y tramas que ligan a cuerpos con género y deseos. Por lo tanto, quedarse con los desplazamientos en las fronteras nos deja en un terreno que no nos permite ver ciertas mutaciones que aparecen si nos situamos en el funcionamiento de lo masculino como universal impenetrable. De ese modo, se puede entender que las implicancias de esa muerte del Hombre, se tratan de algo más que pasajes de un lado a otro de las fronteras de género. Pueden llegar a presentarse resultados inesperados en esa trama compleja que se teje cuando pensamos las

posibilidades de otro tipo de vidas, oscurecidas y despojadas al mundo de la particularidad, por los efectos de la luminosidad ilustrada y su constante reproducción de la imagen sacra de lo idéntico.

D. Diferencias

Existe un cierto acuerdo entre los estudios de masculinidad en plantear que estamos en un período marcado por una crisis de los valores tradicionales asociados a la masculinidad. “Hoy día forma parte del sentido común que el machismo y el estereotipo del “hombre” está en crisis” (Olavarria y Valdés, 1997).

El investigador chileno Abarca Paniagua (2000), en su estudio exploratorio de la masculinidad en Chile, plantea que hay una “atenuación” de los valores e ideales que tradicionalmente eran asociados a la masculinidad. “La demanda de negación emanada del modelo de roles complementarias (No soy femenino) viene a ser relativizada o conflictuada por la tendencia de las transformaciones en la subjetividad, las relaciones sociales y familiares, los nuevos modelos de vida que revalorizan y pugnan por integrar los rasgos de personalidad tradicionalmente omitidos y vinculados a lo privado, es decir, a lo femenino: sensibilidad, intuición, capacidad de expresar afecto y emociones, ternura y cercanía con los niños” (o.c., p. 224).

Este supuesto, que vamos a aceptar, sostiene que la masculinidad en las sociedades actuales se produce a partir de ciertos desplazamientos en cuanto a prácticas y valores antes asociados a “lo femenino”, provocando una reformulación del tipo de masculinidad tradicional. Entonces, lo que se define aquí como “crisis de masculinidad” se vincula con lo que podemos nombrar como “la feminización de lo masculino”. Es decir, se produce una discontinuidad con respecto al modelo tradicional con la aparición de otros ideales que comienza a regular lo que debe ser un varón.

En un trabajo anterior (Sánchez 2008 y 2008b), analicé específicamente los desplazamientos en las fronteras de género y cómo la aparición de nuevas prácticas y discursos en relación a la masculinidad no eran vistas como peligrosas en tanto se reconfiguraban como parte de la *sociedad de consumo*. Además, la aparición de cierto “dispositivo cínico” permitía incluir prácticas antes consideradas por los discursos normalizantes como femeninas, se las entendía como una estrategia para seducir, “conquistar” o volverse consumible. Según analicé en texto de revistas de la prensa periódica destinada a varones como en textos publicitarios de cosmética y estética

también destinada a varones se producía cierta escisión entre ser y parecer, con la idea de que esas prácticas antes consideradas femeninas se incluyeran de modo estratégico en la masculinidad.

Sin embargo, más allá de los desplazamientos y nuevas prácticas que aparecen acordes a un nuevo régimen de verdad, la condición de impenetrabilidad que define de algún modo lo masculino, como también ha definido la idea de cultura y hombre como universal, es lo que sigue funcionando y produciendo cuerpos y subjetividades masculinas, aunque de modos paradójico con nuevas formas de modulación de las subjetividades. ¿Que apertura y posibilidades de pensamiento nos abre el corrimiento del hombre como centro de la escena? ¿Podemos pensar otros modos de subjetivar y generizarse? ¿Se puede pensar la posibilidad de un tipo de subjetividad masculina que además de maquillarse, tener sensibilidad y alguna otra característica que se le atribuyen a la nueva masculinidad, sea penetrable?

A fines de la década del 80 del siglo XX, Gilles Deleuze escribe “Postdata sobre las sociedades de control” (1999) donde plantea que algo estaba cambiando, que estábamos ingresando en lo que era un nuevo tipo de sociedad, regido por una nueva configuración de poder. Las crisis de los espacios de encierro y de las instituciones daban cuenta de que las sociedades disciplinarias “eran lo que ya no éramos, lo que dejábamos de ser” (o.c., p 115). Así como la sociedad disciplinaria había sucedido a las sociedades de soberanía, parecía que ocurría lo mismo con las de control, ya que si bien no desaparecían los mecanismos instaurados con las disciplinas y los espacios de encierro, la naciente configuración de las relaciones de poder posibilitaba nuevas articulaciones y formas de disciplinamientos de los cuerpos y las subjetividades de las cuales Deleuze sólo pudo ver sus inicios.

Si en las sociedades disciplinarias esos modos aludían al sujeto de la fábrica y el “buen ciudadano” (subjetividades eminentemente públicas), en las sociedades de control y partiendo del supuesto planteado de que cada sociedad cría humanos de acuerdo a los modos normales de habitar el mundo, debe construir otro tipo de corporalidades y formas de habitar y ser en el mundo. Es decir, si en las sociedades de la disciplina el cuerpo-máquina y el cuerpo-especie eran los centros de apoyo de ese poder que se desplegaba, la problemática que se abre es pensar qué tipo de sujeto requiere esta nueva sociedad basada en el consumo, que controla no sólo a través del panóptico, la

confesión y la regulación de cuerpos, sino también de forma virtualizada e informatizada.

Desde el momento en que las empresas son las instituciones por excelencia encargadas de la construcción de subjetividades, desplazando así a las grandes instituciones del capitalismo industrial (escuela, cárceles, hospitales, fábricas), el objetivo está marcado: “producir sujetos consumidores: tal es el interés primordial del nuevo capitalismo postindustrial de alcance global. Las biopolíticas privatizadas (y privatizantes) de este siglo apelan ostensiblemente a las maravillas del marketing en su misión de construir cuerpos y modos de ser adecuados a una sociedad en la cual la demanda de mano de obra obrera se ha derrumbado” (Sibilia, o.c., p. 214). Las figuras del trabajador industrial y el ciudadano como modelos de sujeto de las sociedades modernas se han debilitado, una nueva corporalidad y una nueva forma de ser se abre paso en las sociedades postindustriales y del espectáculo.

Las sociedades de la diferencia y la diversidad proponen un modelo de control que pasa por otras superficies. La multiculturalidad y las demandas de reconocimiento de diferentes grupos culturales, sexuales, de género –ya sea por la lucha por el reconocimiento, por las corrientes migratorias de las últimas décadas, por las dinámicas de empoderamiento o por las formas de poder propias de los capitalismo de consumo- se han puesto en agenda, modulando de maneras distintas las fronteras entre lo normal y lo anormal. Los diferentes grupos de género, sexuales, culturales, convertidos en actores dentro del espacio público, ponen en evidencia el centro, hasta el momento invisible. Nos muestran la marca masculina, blanca, occidental y heterosexual del panóptico de la sociedad de la disciplina. Allí están ahora, las subjetividades masculinas, lanzadas en la polis entre tantas otras crías de humanos.

Leticia Sabsay, respecto a la reflexión sobre los sujetos de la diversidad y la producción de las identidades sexuales y culturales en las sociedades post-disciplinarias introduce una pregunta por de más interesante: “Si el descentramiento del sujeto ha de ser concebido seriamente y si hemos de recuperar una noción radical del ideal de libertad, la cuestión a plantearnos en el horizonte contemporáneo continúa siendo, para nosotros, entonces, desde qué lugar abrir nuevos marcos de libertad sin tener que remitirnos por ello a los ideales liberales, cómo hacer para abrir mundo sin pensar por ello que esa apertura será la última, y sin pensar que en este diálogo interminable con el poder, habrá alguna vez un punto final” (2002, p. 58).

¿Cómo pensar la producción de una subjetividad masculina, sus modos de hacerse y deshacerse en un mundo que ya no te dice hace tal o cual cosa sino diferenciate? ¿De qué modos se produce la masculinidad en sociedades donde convive con otras diferencias? ¿Sigue siendo el término jerarquizado y no marcado? ¿La crisis de la que hablan los estudios de masculinidad es su aparición como posición diferencial? ¿Qué otros cuerpos y subjetividades pueden gestarse en estas nuevas tramas de poder? ¿Sigue siendo el sexo el resabio moderno que liga a los “cuerpos con pene” con la masculinidad? ¿Cómo pensar el género, o la masculinidad, sin la presencia avasallante del par naturaleza-cultura?

E. Aperturas

En *Cuerpos que importan*, Judith Butler (2005) se refiere a la impenetrabilidad del varón como condición que sostiene la estabilidad de lo masculino y a la estabilidad de ese efecto de frontera. La prohibición de ser penetrado –prohibición de la posición– es lo que hace posible la ilusión de una identidad de género masculina fija. Podría interpretarse esta prohibición que asegura la impenetrabilidad de lo masculino como una especie de pánico, el pánico de llegar a parecerse a ella, a afeminarse (o.c., p. 89). Es sumamente interesante esta apreciación de Judith Butler para pensar cómo juega la producción diferenciada masculino/femenino y cómo se establecen sus límites en momentos de crisis.

El amo de las sociedades de la modernidad falocéntrica, el hombre neutro encarnado en el hombre-masculino-varón-heterosexual, paga con la cirugía anal el precio que le permite ejercer el privilegio de la masculinidad. Y ese procedimiento queda en la memoria del cuerpo, como herida abierta, con una cicatriz que, aunque cosida meticulosamente, nunca cierra del todo. El amo no posee nada, no es dueño, es un cuerpo cosido posible de ser abierto de un momento a otro. “Los chicos de los años castrados erigieron una comunidad a la que llamaron Ciudad, Estado, Patria, de cuyos órganos de poder y administrativos excluyeron a todos aquellos cuerpos cuyos años permanecían abiertos: mujeres doblemente perforadas por sus años y sus vaginas, cuerpos maricas a los que el poder no pudo castrar” (Preciado, 2009: 137). Sin embargo, llegará el momento en que una comunidad de años no castrados, irrumpa, del único modo que puede hacerlo: como estampida, acontecimiento,

monstruosidad. Una estampida que haga retumbar, en los cuerpos, interrogantes que desgarran esos años nunca cicatrizados del todo.

Los cambios sociales que traen las sociedades de control permiten entender los desplazamientos producidos en la frontera masculinidad-feminidad y dar cuenta de algún modo de qué es eso que se llama crisis de masculinidad. Sin embargo, una apuesta superadora, que ponga en entredicho la primacía de la razón binaria, nos empuja a pensar más allá de esos desplazamientos, trae consigo un interrogante sobre las posibilidades de volver incierta esa masculinidad: ¿es posible penetrar la masculinidad? ¿Esos cambios en las fronteras de género permiten producir masculinidades que escapen la estructura cultura-naturaleza? ¿si el cuerpo no es destino, cómo se viene diciendo desde el feminismo crítico de la modernidad, porque se sigue ligando masculinidad a ciertos tipos de corporalidades? ¿Puede experimentarse masculinidades en cuerpos penetrables? ¿O es su condición de existencia la impenetrabilidad? ¿Cómo ligar la incertidumbre con la masculinidad? ¿Que ocurre cuando se desmorona la certeza, ese lugar desde donde la mampostería masculina normal fue producida?

En tanto la estructura binaria heterocentrada produce la fronteras entre lo humano y lo no humano, lo que puede ser penetrado y lo que no, es interesante pensar la experiencia del afuera, pero de una afuera radical, algo que no puede ser y, sin embargo, se hace, constituye una experiencia en el mundo de “los humanos”, la experiencia de cuerpos monstruosos, cuerpos que van más allá del límite de “lo humano”. Tal vez sea el momento de comenzar a nombrar a los cuerpos y subjetividad a partir de las taxonomías que surgen de esas experiencias, de las creaciones y formas de generizarse que están entre los sujetos, y que escapan al binomio, ya que hombre o mujer habla muy poco de lo que sucede en los enlaces entre los cuerpos, las sexualidades y deseos que habitan (y dan forma) a los sujetos.

“Los relatos del hiperproductivismo y la ilustración giran en torno a la reproducción de la imagen sacra de lo idéntico, de la única copia verdadera, mediada por las tecnologías luminosas de la heterosexualidad obligatoria y la auto procreación masculina” (Haraway, 1999, p.125). Es fundamental abrir el interrogante sobre las posibilidades de la experiencia de producción de masculinidades en cuerpos que la normativa designa como no posibles (por carecer de un pene, por tener el ano abierto, por penetrables), que vayan más allá de los desplazamientos en las fronteras de género y

que pongan en cuestión directamente la ficción del binomio varón-mujer, masculino-femenino. “Las redes de actores multiculturales, étnicos, raciales, disidentes sexuales y de géneros que hay que imaginar no pueden adoptar ni la máscara del yo ni la del otro que ofrecen las narrativas occidentales modernas” (Haraway, 1999, 126). Hacer nacer nuevos cuerpos, fantasear con la posibilidad de ellos. Y fantasía no como algo opuesto a la realidad, sino como aquello que la realidad impide realizarse. Aquello que no sólo cuestiona lo que es real y lo que “debe serlo”, sino que también da cuenta de cómo pueden ser cuestionadas las normas.

La pregunta por las posibilidades de penetrar la masculinidad no es sólo una interrogación por los modos en que se producen los cuerpos y subjetividades masculinas; es una pregunta fundamentalmente política, una interrogación por las condiciones de transformación de esa sociedad que las produce. En los últimos años, por ejemplo, nuestro país ha tenido avances en torno a políticas y normativas de inclusión y reconocimiento hacia la población LGTB y hacia colectivos que habían sido considerados “otros” desde la comunidad impenetrable, blanca, masculina y heterosexual. Si bien son muy importantes ese tipo de medidas para hacer la vida de las personas que forman parte de esos grupos más vivibles y soportables, no puedo dejar de preguntarme por las condiciones en las que se da esa inclusión.

¿De qué modo ingresan las vidas anales-trans-maricas-tortas a la cultura blanca heterocentrada? ¿De qué modo se viven las diferencias culturales en el multiculturalismo sexual liberal de occidente? ¿Cerrar el ano y privatizarlo es condición necesaria para ser reconocido como comunitario? ¿No serían las políticas inclusivas y multiculturales modos de engordar a esa comunidad cultural cerrada, más que ponerla en cuestión? ¿Estamos penetrando la masculinidad? ¿Estamos penetrando monstruosamente a la cultura? ¿O nos estamos volviendo impenetrables aquellos que no lo éramos o rechazábamos serlo? ¿No será, como dice Néstor Perlongher (1997), que las locas nos volvemos menos locas (menos mujeres, menos travestis, menos penetrables) y la “homosexualidad” se termina vaciando desde adentro? Tal vez el porvenir se trate de presentarse como peligro absoluto; e ingresar a la comunidad aparentemente cerrada, con el ano, y con todo el cuerpo, abierto y lleno de preguntas.

Bibliografía

Abarca Paniagua, Horacio (2000) "Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad". En Gogna, Mónica (Comp.). *Feminidades y masculinidades: estudios*

- sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia. Centro de Estudios de Estado y Sociedad, Buenos Aires.
- Deleuze, Gilles (1999). "Posdata sobre las sociedades de control", en Christian Ferrer (comp.), *El lenguaje libertario*. Altamira, Buenos Aires.
- (2005). "Anexo. Sobre la muerte del hombre y del superhombre". En *Foucault*. Buenos Aires, Paidós.
- Derrida, Jacques (1990): *Entrevista con Jaques Derrida de Cristina de Peretti* Edición digital de Derrida en Castellano, http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/derrida_entrevista.htm
- Foucault, Michel (1996). "¿Qué es la Ilustración?" (1983 y 1984). En *¿Qué es la Ilustración?* Madrid, Ediciones de La Piqueta.
- Haraway, Donna (2004): *Testigo_Modesto@ Segundo_Milenio*.
- HombreHembra©_Conoce_Oncorratón®: *Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: UOC. Colección Nuevas Tecnologías y Sociedad.
- (1999): "Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles", *Política y Sociedad*, nº 30.
- Hocquengheim, Guy (2009). *El deseo Homosexual*, Melusina, España.
- Méndez, María Laura y Farneda, Pablo (2010). "Interculturalidad, transculturalidad, mestizaje y diferencia". En Mirta Giaccaglia (comp.). *Efectos de la razón moderna. La interculturalidad como respuesta*. Paraná, Fundación La Hendija.
- Perlongher, Nestor (1997). *La muerte de la homosexualidad* en *Prosa plebeya*. Ensayos 1980-1992. Selección y prólogo Ferrer, Christian y Baigorria, Osvaldo, Bs. As: Ed. Colihue.
- (2009), "Terror anal", epílogo del libro Hocquengheim, Guy (2009). *El deseo Homosexual*, Melusina, España.
- (2002) *Manifiesto contra-sexual*, Opera prima, Madrid.
- Saez, Javier y Carrascosa, Sejo (2011) *Por el culo*. Editorial Egales. Barcelona
- Salessi, Jorge (1995). *Médicos, maleantes y maricas*. Beatriz Viterbo editora. Buenos Aires